

El arquitecto Sr. Fontaine.

Orgullo, látigo de vípera y ramo de flores, con el cual la caprichosa suerte azota ó acaricia. Base de todas las acciones sublimes, manantial de todos los crímenes que perdieron á Satanás y glorificaron á Alejandro. Obstáculo ó apoyo que se encuentra á cada momento en el camino de la vida bajo toda clase de formas para ayudar al hombre en sus proyectos ó contrariarle en sus esperanzas.

Pero el orgullo más poderoso es aquel que se oculta en el fondo del corazón como en un tabernáculo, y que se llama amor.

Ser amado por una mujer bonita es una superioridad sobre los demás; ser desdeñado es ser inferior, y el odio que inspira la traición de aquella ó de aquel que se amaba es tanto mayor, tanto más duradera, tanto más perseverante, cuanto la reconciliación de los dos corazones heridos es un recuerdo de la falta cometida por uno de ellos.

Cuanto más se acercan dos cuerpos, más procuran confundirse las almas, y al buscarse dos labios grita una voz interior:

—¿Y el otro? ¿Y el otro?

Y entonces el amor, que empezaba de nuevo á recobrar su imperio, se cambia en odio, y en lugar del bálsamo que pensábais aplicar sobre la llaga, encontráis el puñal envenenado de los malayos.

¡Oh, Otello, espejo sombrío que presentó á las miradas del hom-

bre el poeta más grande que ha existido, tú serás nuestra eterna admiración!

Nada mitiga los celos. ¿Una caricia? Otro también la ha recibido. ¿Una lágrima? Lo mismo la derramó por otro. ¿Un te amo? Se lo ha dicho á otro del mismo modo.

¿Esta triste? Es que recuerda. ¿Está alegre? Que olvida. Faltas tan grandes una como otra para un corazón ulcerado.

La tierna humildad de Eva, «querrá que coma á la misma mesa,» había dado á Jacobo el impulso de abrirla los brazos y ocultarla en la oscuridad más profunda para que ni él mismo la viera; pero aunque no la viera, la sentiría apoyada en su pecho, y esto le recordaría que había estado apoyada, aunque fuera solo una vez, sobre el seno de otro. No: es preciso tiempo, es preciso que se cierre la herida, es preciso que se cicatrice, y que esa parte dolorosa, tan sensible al contacto del aire, sea después la más insensible.

El tiempo que permanecieron en la mesa no fué sino un largo dolor, más agudo, pero más soportable que lejos uno de otro.

Jacobo Merrey se levantó primero; sin duda sufría más. Sonrió, dió las buenas noches á Eva, y salió.

Aquella sonrisa demostraba tanta tristeza, aquel adiós tantas lágrimas, que apenas se cerró la puerta, Eva rompió á llorar.

—¿Qué tiene mi buen amo? preguntó Marta asustada: se va llorando y os encuentro lo mismo.

Eva estrechó las manos de la anciana.

—¿Lloraba? preguntó. ¿Estás segura que lloraba?

—Le he visto como os veo á vos.

—¡Oh! ya no lloro.

Y enjugó sus ojos, que brillaban como dos estrellas iluminadas por un relámpago en la noche sombría.

Eva subió á su cuarto feliz; era el primer rayo de felicidad desde que había encontrado á Jacobo. El hombre á quien adoraba sufría por ella, puesto que lloraba.

Al día siguiente se presentó un hombre desconocido, que parecía un artista, preguntando por el doctor y diciendo le anunciaran al Sr. Fontaine.

Jacobo se encerró con él, pidió el almuerzo en el laboratorio, y pasó allí todo el día con el recién llegado.

Eva almorzó y comió sola, ó más bien ni comió ni almorzó. La alegría de la víspera se borró.

Sin duda sus proyectos de separacion continuaban, pues que el que debia contribuir habia llegado.

Al dia siguiente salieron los dos en carruaje: visitaron el bosque y el palacio de Charelet, dejaron el carruaje lo más cerca posible y llegaron á la cabaña de José, el que estaba muy contento por su conversacion con el intendente de la señorita de Charelet, quien le aseguró que tenia asegurado su porvenir.

Jacobo indicó al arquitecto el sitio en donde habia encontrado á Eva, el que ocuparia el centro de una linda casa, mitad quinta, mitad palacio, construida como las inglesas ó anglo-americanas.

El Sr. Fontaine, clásico de la escuela griega, no comprendia más que la casa con azotea y frontis como el de Júpiter Stator.

Ponia, pues, dificultades sobre dificultades, hasta que Jacobo tomó un lápiz y trasladó su pensamiento al papel, y además del correcto dibujo, hizo el plan geométrico de la casa.

—Pero, Sr. Merrey, era preciso haberme dicho que tambien érais arquitecto.

—Sí señor, aficionado solo, contestó el doctor sonriendo, pero acostumbrado á bosquejar. Hace tiempo he soñado con esta construcción, propia para un matrimonio que tenga seis criados, cuatro caballos y dos carruajes.

—¿Y cuánto deseais gastar? preguntó el arquitecto.

—Lo que se necesite, caballero.

El arquitecto tomó el lápiz, formó una cuenta, y dijo:

—Esto os costará de ciento veinte á ciento treinta mil francos.

—Bien; ahora dibujemos el parque.

—Caballero, os ruego continúeis lo que habeis empezado, dijo el arquitecto.

—Con mucho gusto.

Sacó de su bolsillo un plano del bosque, en el centro del cual colocó la casa; despues, alrededor, espesuras de árboles; utilizó los

manantiales; sacó partido para los golpes de vista, de la poblacion, del valle, del palacio.

—Mucho habrá que terraplenar, dijo el arquitecto.

—Pongamos setenta mil francos por ese trabajo.

—¡Oh! es más de lo necesario.

—Pues bien; os doy doscientos mil francos para no tener que ocuparme de nada, y que pueda estar hecho todo para Junio.

—Pero será preciso pagar la rapidez, y tal vez se gastarán diez mil francos más.

—Pues añadamos diez mil francos para lo imprevisto.

—A fé mia, caballero, se puede tratar con vos por vuestra esplendidez.

Jacobo tomó una hoja de papel, y escribió:

«Ruego al Sr. Ainguerlo pague al Sr. Fontaine, arquitecto, sea de una vez, sea en plazos, como más le agrade, la cantidad de doscientos diez mil francos, que me cargará en cuenta del dinero que existe mio en su poder.

JACOBO MERREY.»

—Ahora voy á daros los detalles del adorno interior, como he dado los del exterior. No quiero ocuparme más de esto que para visitar los trabajos una vez por mes. Tendreis un hombre, cuyo salario arreglaremos, para que vigile á los trabajadores.

Y añadió sobre otra hoja de papel:

«Me comprometo á entregar al doctor Merrey la casa del bosque de José y el parque á la inglesa en el término de cuatro meses, por la cantidad de doscientos diez mil francos que he recibido al contado.»

El Sr. Fontaine firmó: Jacobo lo dobló y lo guardó en el bolsillo.

—¿Nada más tenemos que hacer aquí?

—No señor.

—Pues entonces vamos al palacio.

Y ambos volvieron á subir al carruaje, y cinco minutos despues estaban en el castillo de Charelet.

El arquitecto, enemigo de los edificios de la Edad media, estalló en reproches contra los puentes levadizos, las torres, las ventanas ogivales y las paredes de diez piés de gruesas. Demostró que con aquellos materiales habia para construir tres palacios.

Lo mismo que era enemigo de la arquitectura que no fuera griega, detestaba los muebles que no eran antiguos, no comprendiendo que se adoptaran otras sillas que los modelos de la época de César ó de Pompeyo; de modo que los muebles Luis XV y Luis XVI le trasportaban de furor.

—No os ocupeis de esos muebles, dijo Jacobo; amueblarán mi casa del bosque y mi casa de Paris, porque teneis tambien que construirme una casa en Paris.

Esta promesa reconcilió al Sr. Fontaine con el espectáculo, para él deplorable, de aquellos muebles.

—¿Y de esto qué pensais hacer?

—¿De qué?

—De este antiguo castillo.

—De este viejo palacio haremos un hospital.

—¡Ah! Efectivamente no sirve para otra cosa.

—¿Creeis que los enfermos estarán bien?

—El aire sano no les faltará.

—El aire es uno de mis medios curativos, dijo Jacobo.

—¿Sois médico, caballero?

—Médico aficionado.

—Espero que me dareis vuestras órdenes para la distribucion del hospital, pues he construido más palacios que casas de asilo.

—Es decir, que habeis construido más cosas inútiles que útiles.

—Ciudadano y filántropo.

—Como aficionado, caballero; con respecto á los jardines creo que no habrá nada que cambiar: son calles de tilos para pasearse á la sombra, y sitios descubiertos para tomar el sol de Diciembre.

—Pero, y de esa sala de armas, en la que cabria el Louvre con todos sus retratos y corazas, ¿qué pensais hacer?

—Un paseo de invierno para mis enfermos. ¿Os parece mal?

—Pero habrá que poner una estufa en cada extremo.

—Son poco sanas; ¿no es mejor utilizar esa inmensa chimenea?

—Pero será preciso quemar robles enteros.

—Se quemarán: el palacio de Charelet tiene diez mil fanegas de tierra, y por consiguiente millares de robles; yo hago las cosas bien, y necesito ochenta celdas para mis enfermos; arreglad eso en el piso bajo y otro tanto en el principal para mis pobres.

El arquitecto midió, reflexionó, y al cabo de dos horas, interin Jacobo estaba pensativo y con los ojos fijos en Argenton, arregló la cuenta.

—Sirviéndonos de todo, y haciendo los tabiques de madera blanca ó de yeso, bastarán setenta mil francos.

—Muy bien, Sr. Fontaine.

Y Jacobo escribió:

«Ruego al Sr. Ainguerlo pague al Sr. Fontaine, arquitecto, y segun lo desee, la cantidad de setenta mil francos para trasformar el castillo de Charelet en hospital en el término de cuatro meses.»

Firmó y recogió del arquitecto el contrato para entregarle la obra en el término dicho.

El Sr. Fontaine deseaba salir para Paris aquella tarde: Jacobo le acompañó hasta la diligencia.

—¿Y la casa de Paris? preguntó.

—Ya hablaremos de eso; no la necesito hasta el invierno.

El arquitecto partió.

Ecce ancilla Domini.

El mes de Marzo y la mitad de Abril pasó sin que cambiara la situación de ambos: en Jacobo existía una notable igualdad en sus relaciones con Eva; era benévolo en sus palabras, en sus acciones, pero nunca tierno ni enamorado: jamás salía de aquel estado que se había impuesto.

En Eva era la humildad, la sumisión, la ternura, la base de sus acciones. No se ocupaba ni de música, ni de dibujo. Cuando salía Jacobo, salía también: iba en casa de los pobres y se ponía á hilar; Marta la había enseñado. Dedicada á socorrer las miserias humanas, había abandonado los adornos y talentos de mujer de la alta sociedad para convertirse en mujer casera.

Un día volvió Jacobo más temprano, y la encontró como á Marta sentada al torno; se acercó, la contempló con benevolencia, hizo un movimiento y la dijo:

—Muy bien, Eva.

Y se retiró sin añadir una palabra.

Las dos manos de Eva cayeron y echó la cabeza hácia atrás cerrando los ojos y derramando lágrimas.

Llegaban los primeros días de primavera; tintas rosadas y azuladas se esparcían por el cielo y se sentía la suave brisa de Mayo.

En los árboles empezaban á despuntar las hojas, y el jardín de Eva recobraba encanto y frescura con el aire tibio y sereno de la primavera.

El árbol del bien y del mal estaba cubierto de flores y follaje.

El pinzón y los pardillos buscaban sitio para sus nidos y la curruca dejaba escapar melodiosos trinos.

El ruiseñor procuraba dejar escapar algunas notas como perlas, pero todavía el frío le detenía.

Las golondrinas empezaban á volver.

Ninguno de aquellos síntomas de vida y de amor pasaban desapercibidas para Eva, que era más bien pájaro que mujer, sensitiva y no sér material.

El viento, el sol, la lluvia se reflejaban en ella y sentía las modificaciones de la naturaleza. Algunas veces sorprendía á Merey con la mirada fija en la transformación de la naturaleza, y sin duda encontraba el mismo encanto que ella; pero su boca estaba cerrada para la sonrisa, y en cuanto notaba que le espiaban daba un suspiro y se volvía á su cuarto.

Sin embargo, de vez en cuando emprendía largas conversaciones con Eva, y la refería que había hecho del castillo un asilo y que las mujeres y los hombres tendrían, así como los niños, buen aire y buen alimento. Eva pedía la dejase verlo, y Jacobo la contestaba siempre:

—Cuando sea tiempo os conduciré, y entonces os ocupareis de la santa obligación que os habeis impuesto.

Al fin de Mayo vió volver al arquitecto, el que iba para asegurarse de que adelantaban los trabajos.

Pusieron los caballos al carruaje y partió acompañado por Jacobo.

La casa del bosque estaba concluida, y Jacobo llegó á tiempo para recibir los ramilletes que ofrecen los albañiles al propietario cuando han concluido una obra.

Jacobó se había ocupado incesantemente de ella, y nada faltaba en arquitectura y escultura.

El Sr. Fontaine comprendió que, á pesar de su desden por los tejados en punta, eran preferibles á los llanos, porque nevando mucho y lloviendo no sirven más que para hacer un depósito de aguas.

Jacobo Merey escogió el papel, y el arquitecto se encargó de enviarlo de Paris con obreros acostumbrados á encolar, no por rollos sino por bandas.

Se marchó contento y ofreció volver á los quince dias para verlo todo acabado.

Jacobo le dió el plano para la casa de Paris, encargando comprar el terreno por el arrabal de San Honorato ó por la calle de la Arcade.

Cuatro ó cinco dias despues llegaron los papelistas y el papel, y diez más tarde todo estaba concluido.

Jacobo escogió papeles oscuros para que resaltaran los cuadros, y cuando volvió el arquitecto tuvo que confesar que solo habia un pintor en el mundo, Rafael; pero que no carecian de mérito la escuela flamenca, holandesa, napolitana, florentina, española y francesa.

Jacobo no habia utilizado todos los cuadros del palacio, y aun despues de adornar su casa de Paris le quedarian los cuadros religiosos, destinados para la capilla del hospital.

En la casa del bosque habia una habitacion arreglada con particular esmero; enfrente de la cama se veia el retrato de la marquesa de Charelet, madre de Eva.

Todo lo más bonito que habia en muebles de palo de rosa, de ébano incrustado con marfil se habia puesto allí.

Los jarrones de la chimenea y el reloj eran de Sajonia, los marcos de los espejos de Sajonia, y la chimenea de porcelana de Dresde.

Todo aquello hacia resaltar de una manera admirable el retrato de la marquesa, destacándose sobre el terciopelo granate de la pared.

La alfombra era tambien del mismo género.

Aquella habitacion se encontraba en el centro de la casa, precisamente encima del sitio en donde Jacobo, conducido por Escipion, habia encontrado á Eva, y desde allí se disfrutaba de un golpe de vista en extremo pintoresco.

Por una abertura del bosque se podia ver con anteojo la casita de Argenton y el laboratorio.

El cuarto del doctor, contíguo á la habitacion que hemos descrito, y comunicando por el corredor y por un gabinete de tocador, tenia un aspecto de severidad antigua, era un modelo de la de Ciceron, ejecutada en Cumes por los modelos encontrados en Pompeya; por un lado daba á una biblioteca, por otro á un salon de Luis XV.

Habia un comedor de invierno en un invernadero de plantas exóticas, y otro de verano con salida á una plazoleta llena de flores de Occidente, de colores vivos y perfumados.

Jacobo habia hecho cercar el bosque, de modo que se pasaba á él desde el jardin sin apercibirse de ello.

No ménos adelantado que la casa estaba el hospital. Las separaciones estaban hechas y todo pintado al temple gris perla, con listones cereza.

En las celdas habia una cama y un crucifijo, y en las ventanas habia persianas para graduar la luz, segun la voluntad del médico.

Habia sitio para cuarenta ó cincuenta camas, y además veinte celdas vacías, por si se necesitaban.

Juan Munier vigilaba todo con un cuidado egoista. En las celdas habia muebles y cuadros que todavía no se habia decidido para dónde servirian.

Hemos dicho que los cuadros religiosos se reservaban para la iglesia, porque si bien en Paris estaban cerradas, no así en provincias, pues en las localidades como el Berrí, en donde eran sinceramente religiosos, habian conservado sacerdotes é iglesias.

El capellan del castillo, hijo de un aldeano, á quien el señor de Charelet habia hecho dar educacion en un seminario de Burges, no se habia alarmado por la proscripcion de los sacerdotes. Nadie le habia pedido el juramento constitucional y no lo habia ofrecido á nadie.

Habia permanecido con los servidores del castillo, con su traje mitad de seglar, mitad de sacerdote, y nadie le habia molestado. Era insignificante, y su insignificancia le salvó.

Quando le dijeron que los bienes del marqués de Charelet se los habian devuelto á su hija, la felicitó y la hizo una visita, rogándola que le dejara con el cargo y sueldo que tenia en la casa.

Eva recordó al buen hombre, á quien habia visto en los pocos dias que permaneci6 en el castillo y que la habia ofrecido los consuelos religiosos.

Cuando la visit6 en Argenton, la dijo:

—El castillo se va á convertir en un hospital y hospicio, en donde hay más necesidad de un sacerdote que no en un palacio, para que les hable el lenguaje sencillo de la religion, puesto que se dirige á gentes sencillas.

Varias veces habia hablado con él Jacobo Meroy en sus excursiones al castillo, encontrándole indulgente y paternal, dos cualidades preciosas en un sacerdote, y le habia ofrecido continuaria de capellan, encargándole de recorrer los pueblecillos y tomar nota de las personas verdaderamente pobres y que necesitaban socorros á domicilio, y de las que debian ingresar en el hospicio.

Un dia Jacobo se encerr6 con él y conferenci6 largamente.

Sin duda se trataba de Eva y de sus futuros proyectos, porque cuando termin6 la conversacion el sacerdote ensill6 su caballito, que le servia para sus viajes piadosos, y se encamin6 á casa del doctor.

Dos horas despues parti6 Jacobo Meroy, y á una legua de Argenton se encontr6 al Sr. Didier, nombre del capellan, quien regresaba al castillo.

—Y bien, ¿qué ha contestado? le pregunt6.

—Ha dicho que se haga su voluntad y la de Dios; despues sus manos se juntaron y se puso á rezar. La señorita Eva es una santa.

—Gracias, padre mio, dijo Jacobo, y continu6 su camino.

Se adivinaba que habia impuesto á Eva una nueva penitencia, y sin duda él participaba de ella, porque segun iba acercándose á Argenton se tornaba más sombrío, y cuando puso la mano sobre el llamador, como deseando no entrar de improviso con la llave, le temblaba su mano.

—¿No ha sucedido nada durante mi ausencia? pregunt6 Jacobo á Marta, quien habia abierto la puerta.

—No señor; pero ha venido el capellan del castillo, ha hablado

diez minutos con la señorita Eva, esta ha llorado bastante y se ha retirado á su cuarto.

Jacobo vacil6 entre subir á su laboratorio ó entrar en el dormitorio de Eva; pero al llegar al primer piso se adelant6 hácia la puerta y llam6.

—Entrad, dijo la voz de Eva, quien no reconoci6 á Jacobo, porque no acostumbraba á llamar á la puerta de la calle para entrar.

Pero apenas entr6, Eva lanz6 un grito, cay6 de rodillas, y dijo extendiendo los brazos:

—*Ecce ancilla Domine.*